

LA MORALIDAD EN LOS OJOS DEL DETECTIVE PRIVADO*

Sandrine Berges
Universidad Bilkent
Ankara, Turquía

1. Las mujeres y la teoría moral

I. Género y ética: Gilligan vs Kohlberg

El género se convirtió en un tema muy debatido en la teoría de la moralidad cuando Lawrence Kohlberg escribió que las mujeres generalmente alcanzan un nivel de desarrollo moral más bajo que los hombres. En su clasificación, inspirada por Piaget, de las etapas del desarrollo moral, ética kantiana, haciendo énfasis en los principios universales, se maximiza, junto con el utilitarismo (la idea de que la moralidad trata de alcanzar la felicidad) y el relativismo moral (la idea de que no hay verdades objetivas sobre moralidad). Ambos se encuentran entre el último escalón de las etapas y nuestros principios egocéntricos. Según Kohlberg (1981), las mujeres generalmente expresan una mayor preocupación por la felicidad, y una aversión a comprometerse por sí mismas con el punto de vista de la moral «correcta» que contrasta con la preocupación de los hombres por la objetividad y la universalidad.

Carol Gilligan, responde a Kohlberg, argumentando en su libro *En una voz diferente* que lejos de mostrar el menor desarrollo moral de las mujeres, los hallazgos de Kohlberg ponen de manifiesto que los hombres y las mujeres tenían diferentes aproximaciones hacia la moralidad, voces diferentes que necesitan ser escuchadas si tenemos la intención de dar cabida a todas las gamas de la moralidad humana (Gilligan, 1982). Afirma que la etapa final del desarrollo de la moralidad según Kohlberg, la moralidad kantiana, es, en efecto, típica de una aproximación masculina a la teoría de la moralidad (que los individuos tienen ciertos derechos que deben ser respetados, y que *ser moral* consiste en restringir las acciones de uno mismo para que no interfieran con estos derechos). Por otro lado, la aproximación femenina, se basa en la creencia de que tenemos responsabilidades respecto a los otros,

* Este texto ha sido traducido por Antonio Corberán e Irene Gómez.

poniendo en el centro de la moralidad, el cuidado de los otros.

Según Gilligan, las mujeres no son utilitaristas ni relativistas. Lo que Kohlberg interpretaba como la tendencia a ser maximizadores de la felicidad era, de hecho, el imperativo moral del cuidado de los otros, una preocupación profunda según la cual uno es responsable del bienestar de los demás. Lo que él veía como relativismo era realmente, una negación a aplicar normas universales a situaciones particulares debido al reconocimiento de sus complejidades y su singularidad (Gilligan, 1982: 101).

Dejando de lado los posibles errores de la metodología de Kohlberg, y su aplicación de la teoría de las etapas del desarrollo cognoscitivo de Piaget, al menos parece que leyendo sus resultados no hizo referencia a todo el espectro de las teorías morales disponibles, y malinterpretó lo que tomó como comportamiento moral femenino etiquetándolo erróneamente con lo que él reconoció como las únicas alternativas al kantianismo (Flanagan, 1991: 169).

Los pensamientos sobre qué teoría moral consideran las mujeres que encaja mejor con su comportamiento y su imagen del mundo, llevan de forma natural a pensamientos sobre lo que las mujeres que escriben teoría moral acostumbran a ver como la que encaja mejor en su punto de vista filosófico del mundo. Este es el tema tratado por la filósofa Annette Baier en un estudio titulado «What do women want in a moral theory?» (Baier, 1997). Según ella lo que estas mujeres quieren es la ética de la virtud aristotélica, porque el tipo de teoría moral que se puede hacer con ésta en un punto inicial es la que mejor puede reflejar dos preocupaciones que tienen las mujeres cuando piensan en la moralidad, a saber, la centralidad del cuidado y la dificultad inherente a la hora de tratar casos particulares. A continuación voy a mostrar que la ética de la virtud aristotélica es verdaderamente lo más que nos podemos acercar a la hora de teorizar sobre la moralidad con una voz femenina. Después argumentaré que esto se refleja no sólo en la filosofía sino también en la literatura, y en particular en algunos tipos de ficción policial. La segunda parte del artículo analizará ejemplos concretos de ficción policial que he escogido para ejemplificar esta predilección por la ética de las virtudes aristotélicas. Analizaré concretamente a dos escritores: Sara Paretsky y, para no ser sectaria, Alexander McCall-Smith cuyo detective es una mujer.

II. La ética de la virtud aristotélica y los cuidados

A partir del reconocimiento de Gilligan de una distinción entre dos formas de entender lo que es ser moral, moralidad como cuidado, y moralidad como seguimiento de las normas,

emergió una nueva «ética de los cuidados», y ésta fue desarrollada, por Nel Noddings notablemente, que explicó sistemáticamente el papel de los cuidados y las relaciones a la hora de tomar decisiones morales (Noddings, 2002). Ésta era predominantemente una teoría sobre psicología y educación, entendida para dar sentido y, más importantemente, hacer espacio a una manera femenina diferente de ser moral. Las características distintivas de la ética de los cuidados son que requiere una preocupación sensible en cuanto a la particularidad del cuidado de las necesidades de la persona, una percepción aguda de en qué tipo de problema se encuentran, y qué tipo de ayuda les beneficiaría realmente. El cuidado impersonal es contraproducente. Noddings cita el ejemplo de la señora Jellyby, personaje de la novela *Casa desolada* (1852-53) de Charles Dickens, que reparte caridad como si de una enfermedad se tratase, haciendo que todos los que la rodean sean infelices y estén resentidos porque ella no consigue entender el motivo de su desdicha, e impone sus propias interpretaciones erróneas de su condición.

Esta necesidad de una «preocupación sensible» está ligada al rechazo de la dependencia de las normas, ya sean universales (kantianas) o derivadas de un principio maximizador de felicidad (utilitaristas). Las normas no pueden ser sensibles a las necesidades concretas, y por ello, son inadecuadas como guías morales. Este punto queda reflejado de manera muy clara por Aristóteles en su *Ética*, cuando escribe sobre leyes que:

De hecho está es la razón por la que todas las cosas no están determinadas por ley, es decir, que sobre algunas cosas es imposible legislar y, por tanto, se necesita una sentencia. Porque cuando la cosa es indefinida, la norma también es indefinida, como la pesada norma utilizada para hacer el molde de Lesbos; la norma se adapta a la forma de la piedra y no es rígida, y de la misma manera una sentencia se adapta a los hechos (McKeon, 1941).

Las normas morales, ya sean kantianas o utilitaristas, no son indefinidas, pero están pensadas para ser aplicadas de manera general, por cualquier agente, en cualquier situación. Este es el motivo por el que, si tomamos las declaraciones de Gilligan y Noddings seriamente, las normas morales no pueden darnos cuenta completa de lo que es ser moral. Pero esto no significa que no pueda haber teoría ética alguna que tome en cuenta estas declaraciones sobre los cuidados. Es más, Annette Baier y Michael Slote han defendido que la ética de las virtudes aristotélicas refleja más que adecuadamente las preocupaciones sugeridas por Gilligan y Noddings.

La ética de la virtud, toma como indicación los recelos aristotélicos sobre la moralidad de la conformidad con las leyes y su afirmación de que en lugar de ello deberíamos mirar

para juzgar que es lo correcto en cada situación, considerando las características concretas de esa situación. También enfatiza que ser bueno consiste en hacer la cosa correcta de todo corazón, es decir, actuar no sólo porque consideremos que deberíamos actuar así, sino porque estamos emocionalmente inclinados a actuar de esa forma. Ser virtuoso requiere que tengamos ciertos rasgos de carácter, que sintamos las emociones apropiadas en los momentos apropiados, y requiere que tengamos una percepción aguda de las características relevantes de cada situación particular. Por ejemplo, el virtuoso no sólo se sentirá movido a ayudar a alguien que esté en dificultad, sino que también será capaz de discernir que esta persona se encuentra en una dificultad genuina y no está simplemente quejándose en voz alta de daños insignificantes, o contrariamente, que está poniendo buena cara para esconder un problema real. Esto implica ser capaz de relacionarse con las personas, entenderlas, y como tal, es un ejemplo de cuidados. Brevemente, éstas son las razones por las que la ética de las virtudes aristotélicas ha sido propuesta como la vertiente filosófica de las demandas psicológicas y educacionales hechas por quienes que proponen la ética de los cuidados¹

¿Pero es esta conclusión suficiente para justificar la afirmación de Baier de que del mismo modo que hay una forma femenina distinta de ser moral, es decir, cuidando, hay también una forma femenina propia de teorizar sobre la moralidad, es decir, la ética de las virtudes? Quizás no, ya que el filósofo que hizo el primer intento de integrar los cuidados dentro de la teoría ética, Michael Slote, era después de todo, un hombre. También es importante recordar que la misma Gilligan parece haberse retraído de algún modo de su afirmación primera de que los cuidados son una forma femenina de ser moral. En una conferencia de 1997 en la universidad de San Diego, remarcó que las etiquetas de la masculinidad y el patriarcado no suprimían únicamente las voces de las mujeres, sino también las de los hombres, forzándoles a conformarse con un punto de vista particular del ser masculino, que no reflejaba necesariamente lo que éstos habrían escogido para sí mismos (Gilligan, 1997). Ella no va más allá como para sugerir que los hombres habrían escogido ser cuidadores, aunque no parece una asunción muy descabellada. De todos modos, la afirmación de que las mujeres como grupo tienen un manera diferente de entender lo que es ser moral no equivale a afirmar que algunas filósofas creen que vale la pena defender teorías distintas de las que defienden la mayoría de los autores masculinos. La segunda afirmación es más débil, ya que no presupone que hay conexiones naturales entre ciertos modos de ser o de pensar y el género (simplemente son preferencias que tal vez se deban a la naturaleza, o a factores sociológicos y políticos).

Así pues, al mismo tiempo que argumentaré que existe esta predilección de las

filósofas y las escritoras de novelas negras por un cierto pensamiento moral, y que éste está ligado a la creencia de que las mujeres en general tienden a entender la moralidad de una manera diferente a los hombres en general, quiero expresar mis reservas. En primer lugar, la ética de las virtudes no se trata de un club de mujeres, y los filósofos que se acogen a ella no son en ningún caso «mujeres honorarias». En segundo lugar, a pesar de que las novelas negras que mejor reflejan la ética de las virtudes están escritas predominantemente por mujeres, no es algo exclusivo, y este es el motivo por el que incluyo en mi exposición a Alexander McCall Smith. En tercer lugar, como insinué anteriormente, a pesar de que pienso que la investigación de Gilligan es extremadamente convincente e iluminadora, no considero que necesariamente nos lleve a la conclusión de que hay, o debería haber, modos diferentes de razonamiento moral para hombres y mujeres. Su investigación mostró que había, al menos entre las mujeres, cierta resistencia hacia las teorías de moral predominantes. Sería bueno pensar que era sólo el principio y que retornar a la antigua ética de las virtudes es un indicio de que más de nosotros, hombres o mujeres, estamos preparados para observar los cuidados de manera más seria.

III. De los filósofos a los escritores de ficción policíaca

Gilligan y Noddings nos aportaron la teoría psicológica y educacional de la ética de los cuidados. Otras personas como Slote, Baier, Elizabeth Anscombe, Philippa Foot, Roger Crisp, Lawrence Solum, Julia Annas, Julia Driver, Martha Nussbaum², Rosalind Hursthouse (por nombrar sólo a unas pocas) se han ocupado del aspecto filosófico desarrollando teorías éticas que sitúan los cuidados como la preocupación central. Quiero demostrar que hay un tercer tipo de escritura que ha participado en este movimiento, la ficción policíaca³.

Según Martha Nussbaum, que ha escrito sobre el valor moral de la literatura, parte de lo que hace que las novelas tengan un valor moral es que éstas consiguen captar nuestras emociones de un modo apropiado. Nussbaum afirma que lo consiguen centrándose en lo cotidiano de tal manera que nos vemos forzados a revalorar lo que sabemos y aquello con lo que estamos familiarizados. Experimentamos emociones porque lo que está siendo discutido se encuentra cercano a nuestro corazón, y porque está presentado de tal manera que no podemos ignorarlo. En otras palabras, en una novela, la familiaridad impide generar desprecio (Nussbaum, 1995: 9). Nussbaum nos da el ejemplo de la obra *Tiempos difíciles* (1854) de Dickens, en la que se consigue que el lector visite diferentes escenas del día a día de ricos y pobres, sus puestos de trabajo, y sus casas. Esto significa que los temas morales

que debatimos cuando leemos *Tiempos difíciles* son temas reales que puede que de hecho también debatamos en nuestra propia casa o lugar de trabajo.

El tipo de ficción policíaca que se va a analizar en la segunda mitad de este artículo se centra en la descripción del mal y de lo que sucede cuando luchamos contra él, evidentemente, el tema principal de estas novelas es compatible con ambas cosas y se consideran relevantes moralmente. ¿Pero cómo resuelve el género estos insistentes asuntos morales? ¿Fomenta la identificación y la respuesta emocional? ¿Podemos aprender de esas descripciones del mal? La respuesta es que sí que lo hace y sí que podemos, puesto que las novelas policíacas se centran en lo común incluso en mayor medida de lo que lo hacen novelas como *Tiempos difíciles* de Dickens, y al hacerlo nos fuerzan a enfrentarnos y a reflexionar sobre la presencia del mal al que nos enfrentamos (e ignoramos, si no, no estaría tan omnipresente) día a día. Y al presentarlo en el contexto de una investigación criminal, la novela policíaca convierte al mal común en extraordinario, nos fuerza a separarlo de las percepciones convencionales, y a reaccionar sin prejuicios, de un modo nuevo.

La implicación emocional proviene de la identificación con la indignación del héroe o la heroína con respecto al delito, y la pasión por la justicia. Vemos los cuerpos de las víctimas asesinadas a través de los ojos de la persona que hablará con la familia de la víctima, o de la persona que siente que podría haber prevenido el asesinato si hubiera sido más rápida y más eficiente. Al seguir la investigación, nos encontramos con personas a las que sólo conocemos por ser estadísticas y con las que nunca hablaríamos, personas cuyas vidas están lisiadas por un mal que no existiría si alguien se preocupara por ellas: los que viven en un gueto, lo sin techo, los presos, los inmigrantes legales e ilegales y las minorías raciales oprimidas. Mientras nosotros estamos acostumbrados a ver el mal desde nuestra propia perspectiva (*crimen organizado* significa que nos pueden atracar, y que a nuestros hijos les pueden vender droga, corrupción significa que dejaremos de confiar en los políticos en los que confiamos y que se reemplazarán por otros) la novela policíaca nos trae, y nos hace preocuparnos acerca de, la perspectiva de los que están más afectados directamente: los niños cuyas perspectivas de futuro son la delincuencia o el paro, las madres que tienen que aceptar sueldos de esclavas de jefes criminales para alimentar a sus hijos, los testigos que ven cómo su vida está sumida en la delincuencia y son incapaces de preocuparse por la víctima cuya muerte se está investigando, etc.

La delincuencia tal y como nosotros, lectores, la experimentamos, dice la novela, es simplemente la punta del iceberg, y eso es una amenaza para nosotros sólo si estamos navegando hacia ella, no si la vemos por televisión. Pero estamos navegando, dice la novela,

todo esto es parte de nuestra vida cotidiana, de la vida de la gente con la que nos cruzamos por la calle, esa gente con la que trabajamos y que no vive muy lejos de nosotros. Si no pensamos en que ese mal forma parte de nuestras vidas, es porque elegimos no verlo. La novela policíaca enfatiza el aspecto común del mal saliendo pocas veces de los escenarios comunes. Durante el recorrido para resolver un delito, el héroe o la heroína vive una vida bastante normal, se enfrenta a su jefe, hace papeleo, se dedica a la política o intenta mantenerse al margen de ella, tiene citas, se pelea con su pareja, se separa, se reconcilia o conoce a otra persona, va de bares, conduce por la ciudad, o se queda en casa. También pasan cosas extraordinarias: el detective conoce a grandes delincuentes, se encuentra ante situaciones amenazantes, se ve implicado en una persecución de coches o por países, le pegan, le torturan, saquean su casa, le ponen una bomba o la incendian (nos costaría pasar las páginas si no lo hicieran), pero en ningún momento se disipa el sentimiento de que lo que nos están describiendo forma parte de nuestro mundo, y es una parte que deberíamos tener en cuenta.

La novela policíaca, al forzarnos a enfrentarnos al mal que nos rodea desde la perspectiva de alguien que sabe y que se preocupa, creo que es válida moralmente siguiendo a Nussbaum. En la segunda parte de este artículo, intentaré que mi perspectiva sea más convincente diseñando algunos ejemplos de novelas policíacas que tienen valor en el sentido en que nos ayudan a ser más «cuidadores».

2. Novela negra y ética

I. *Tiempos difíciles* de Paretsky. Justicia como cuidados

La novena novela de Paretsky, protagonizada por V.I. Warshawski, *Tiempos difíciles*, denuncia la explotación injusta de las inmigrantes ilegales en Estados Unidos. Pero hace mucho más que inspirar indignación en el nombre de estas mujeres, plantea la cuestión de que «si el modo en el que se las trata va en contra de todos los principios de justicia ¿por qué continúa sucediendo?» Y sugiere algunas formas de contestar a esa pregunta, y de resolver el problema.

La heroína de Paretsky, V.I. se ve implicada en la investigación del asesinato a la fuga de la inmigrante ilegal Nicola Aguinaldo. A Nicola la atropellaron al parecer cuando estaba escapando de la sala del médico de una cárcel privada, Coolis. Estaba allí por haber robado un collar de sus jefes, los Balladines, que resultaron ser los propietarios de la empresa de

seguridad que trabaja en las cárceles públicas. Cuando V.I. intenta interrogar a los Balladines, descubre que sólo el hijo pequeño, Robin, sabía algo acerca de Nicola, o se preocupa por que hubiera muerto. Para el resto de la familia, era simplemente una analfabeta, una sirvienta extranjera poco interesante que resultó ser una ladrona. Cuando V.I. intenta interrogar a la familia y a los amigos de Nicola, se encuentra perdida, puesto que ninguno de los inmigrantes ilegales quieren hablar con ella, están asustados. Se pone en contacto con Morell, abogado de presos políticos, y el Padre Lou, un cura católico de un barrio pobre, que parece ser la única persona que cuida de este tipo de personas, asustadas y escondidas. Warshawski acaba en la cárcel de Coolis, y sus investigaciones le llevan al descubrimiento de una fábrica en la que se explota al obrero en la cárcel, en la que sólo trabajaban personas que no hablaban inglés para confeccionar camisetas que se vendían mediante un nuevo canal de televisión por satélite. Resulta que Nicola murió a causa de la violencia que sufrió mientras trabajaba en aquella fábrica, y que el propietario de la cárcel la tiró a la carretera.

La razón por la cual se permite que continúen estas injusticias (el mal trato a los empleados domésticos, el uso ilegal de la mano de obra en las cárceles y la represión de refugiados políticos) es porque nadie se preocupa lo suficiente como para darse cuenta de que están sucediendo, y si se dan cuenta tampoco hacen nada por acabar con ellas. Paretsky nos muestra varios niveles de esta despreocupación, desde los jefes ricos, hasta los crueles guardias de las cárceles, la prensa, los políticos y los hombres de negocios. Durante el proceso, revela algunas causas de por qué la gente no se preocupa: el fracaso a ver a estas mujeres como seres humanos individuales con problemas reales, el fracaso a reconocer incluso hechos básicos, como que tienen su propia lengua en la que son capaces de expresar pensamientos y emociones con fluidez, que tienen hijos y otras personas a su cargo a las que tienen que cuidar y a las que quieren, o que les cuidan y les quieren, que tiene necesidades y deseos básicos.

Martha Nussbaum en un artículo titulado «Compasión y Terror» (2003) argumenta que lo que hace falta para traspasar esta ceguera, esta falta de preocupación, es reconocer la humanidad del otro, o del desconocido, y aprender a relacionarse con ellos en un modo en el que seamos capaces de percibir su sufrimiento. Cita el 11 de septiembre y *Las mujeres de Troya* de Eurípides como ejemplos de cómo presenciar desastres, ya sea en la vida real o a través del arte, nos puede acercar a otros seres humanos en el sentido en que debemos reconocer por primera vez que ellos, igual que nosotros, son capaces de sufrir.

La virtud de la compasión es, de hecho, omnipresente en las novelas de Paretsky. Los chicos malos son los que no se preocupan (ni de ellos, ni de los que trabajan para ellos, ni

por lo que son simplemente menos afortunados que ellos). Los chicos buenos son los que se preocupan: V.I. que emprende una investigación sobre Nicola tan sólo porque se encontró con su cuerpo y nadie más parece estar interesado en descubrir quién la mató. Robbie, el único miembro de la familia Balladine que se ha preocupado por Nicola, Lottie Hershel, el doctor humanitario, el señor Contreras, con los cuidados protectores de V.I., y Morrell y el Padre Lou, que luchan por la causa de los ilegales y de los refugiados políticos. Esto no es algo específico de las novelas de Paretsky, sino algo más verídico del endurecido género femenino. Marilyn Stasio, repasando los comienzos del género en 1985 escribió que:

La importancia que éstas y otras escritoras dan a compadecer a los héroes y los valores humanísticos diferencia a sus novelas del procedimiento de la policía estadounidense (que no están faltos necesariamente de estas cualidades pero no las consideran por encima de actitudes descarnadas ni del diálogo naturalista [...]) (Stasio, 1985: 40).

Pero en *Tiempos difíciles*, Paretsky va más allá de retratar a los buenos como compasivos y a los malos como indiferentes. Lo que deja muy claro es que nuestra falta de sensibilización con respecto al sufrimiento de otros no sólo da como resultado que fracasemos en ayudar a los que atraviesan momentos difíciles (que es de lo que habla Nussbaum), sino que les causamos daño a los que ya están sufriendo. La familia Balladine no ven la tragedia del hijo enfermo de Nicola. Ni siquiera se dan cuenta de que es madre e hijo. Debido a su ceguera se ve forzada a actuar para obtener el dinero necesario para los medicamentos. De nuevo, si el público general fuera consciente de la explotación de los trabajadores de la presión para fines comerciales, es bastante probable que hubiera protestas y que tales prácticas se acabasen. Por ejemplo, el hecho de que la gente sea consciente de la utilización de niños para fabricar balones de fútbol y alfombras, y secundar boicots ha tenido un efecto positivo en las vidas de los niños implicados (2004) Pero el público general no se preocupa por descubrir qué pasa en las cárceles o en otros lugares en los que la gente está pasando por «malos momentos». Paretsky muestra que de hecho, al no preocuparnos por descubrir cómo sufren los demás, no es que no mejoremos sus condiciones, sino que las perpetuamos, o en ocasiones las empeoramos.

II. *Blacklist*: equilibrar lo personal y lo universal

En su respuesta al artículo de Michael Slote «Cuidados vs. Filósofos», Noddings reiteró su idea de que sencillamente no es posible preocuparse con sinceridad por los que no nos

son cercanos. Es lo que ella llama «preocuparse» a la sensación de engaño «al preocuparse por la difícil situación de los niños que se mueren de hambre en África» que, además, causa más mal que bien (una idea que ilustra al referirse a Mrs Jellyby de Dickens). Si está en lo cierto, entonces, una novela como *Tiempos difíciles* de Paretsky no puede suponer más que un pequeño impacto en lo que aprendemos a relacionar moralmente con el mundo. La dicotomía entre los que se preocupan y los que no, porque supone preocuparse no sólo por los que están cerca sino por un grupo anónimo de gente (i.e. trabajadores de cárceles, inmigrantes ilegales), es engañosa. Así que para llevar más allá este argumento, lo que es a la vez distintivo y válido sobre cierto tipo de novela negra es su énfasis en la preocupación como una idea central de moralidad, necesitamos responder a la siguiente cuestión. ¿De hecho, es posible experimentar emociones, no hacia alguien en concreto, sino hacia un grupo de personas a las que no conocemos personalmente? Parece bastante obvio que es: patriotismo, ser seguidor de un equipo de fútbol, antisemitismo, racismo (¿quién niega que éstas eran emociones sinceras? Pero si lo son, ¿entonces, por qué negar que es posible experimentar más emociones positivas hacia un grupo de más o menos personas anónimas?).

El asunto real parece estar no en si podemos preocuparnos por personas que no conocemos, sino en cómo conseguir un equilibrio entre la preocupación por la humanidad en general, y la preocupación por los que nos rodean. Parece que preocuparse, como sugiere Noddings, significa que ya no sabremos cómo preocuparnos, por lo tanto no es un sentimiento con validez moral. Esta cuestión, que Michael Slote identificó como un problema central para la ética de la preocupación, impregna la última novela de Paretsky, *Blacklist (Lista negra)*. Me centraré en tres ejemplos que son particularmente esclarecedores en los modos en los que podemos fracasar o triunfar a la hora de conseguir el equilibrio perfecto.

Mi primer ejemplo está extraído del principio del libro, en el que V.I. ve pasar a un adolescente de una familia privilegiada por una propiedad abandonada que ha sido el escenario de un asesinato. Catherine está allí porque está ayudando a Benji, un joven sirviente egipcio de su escuela, que se esconde de la policía y del FBI y el frenesí de la detención siguiendo la Patriot Act. Aunque ella no tenga ninguna relación sentimental con el chico, y a penas le conoce, lo tiene con ella para protegerlo de aquellos que le quieren hacer daño, incluso corriendo el riesgo de implicarse en la investigación de un asesinato, y más tarde poniendo en peligro su vida, en el momento en que un policía que va detrás del joven, la dispara. Los que la conocen menosprecian su coraje, defienden que prácticamente está atravesando una fase de idealismo adolescente. Incluso V.I. describe a Catherine como «enamorada del romanticismo de la situación». Finalmente, cuando ella intenta ayudarle a él

(alejándolo del Padre Lou) se lo encuentra muerto. Lo cual sugiere que su preocupación era más ideológica que personal (o podría sugerir simplemente que ella pensó que se consideraba más capaz de ayudarlo de lo que en realidad era). Cuando el joven muere de heridas de bala, ella sube a la mesa en la que él yace y sostiene su cabeza contra el pecho. Este último momento muestra que ella se preocupó por él de un modo sincero, que lo vio como un individuo, como un amigo. Pero ha estado en contacto con él durante varias semanas, cuando ella era la única persona a la que él hablaba y en la que confiaba (así que tuvieron tiempo de desarrollar una relación). Lo que comenzó como cuidado ideológico del desamparado, lo que Noddings llamaría «preocupación», finalmente pasó a ser *cuidar* a una persona.

Mi segundo ejemplo trata de la relación de V.I. con Morrell, su pareja ausente. A lo largo de la novela, V.I. experimenta frustración al tener que enfrentarse al hecho de que Morrell se encuentra luchando en Afganistán por la causa de las mujeres afganas cuando ella necesita su apoyo en Chicago. Ella se ve a sí misma como Penélope, peinándose y despeinándose eternamente mientras su marido vive en una época peligrosa con otras personas (incluyendo otras mujeres). Ella siente que incluso cuando se pone en contacto con ella, es en muchas ocasiones para conseguir su ayuda para luchar en la causa de los afganos, y nunca simplemente para saber cómo está, o para decirle que la echa de menos. Mientras ella entiende que él se tiene que entregar por completo a esta lucha por los derechos humanos, le molesta el hecho de que ella tenga que sufrir por eso. Su molestia se atenúa al darse cuenta de que cree en la necesidad de sus actos y él lo hace, y que, por supuesto, ella no es diferente de él cuando está relacionada con una investigación. No se pregunta a sí misma por qué él se tiene que preocupar por esas personas anónimas más de lo que se preocupa por ella. Quiere saber cómo llevar mejor la separación, cómo seguir recordando que él la ama, y que cuando vuelva de Afganistán, tendrá tiempo para ella (suponiendo que ella no está sumida en su trabajo, y sólo hasta que él se tenga que volver a irse).

V.I. lucha para integrar la preocupación de su pareja hacia los afganos en su vida privada. Cree que en principio no hay conflictos entre su persecución de su carrera profesional orientada hacia la preocupación y el mantenimiento una relación de preocupación hacia ella. Pero sabe que será un trabajo duro por ambas partes. De algún modo, el hecho de que combinar los cuidados y la preocupación sea un trabajo duro nos da motivos para creer que Noddings se equivoca.

Si no existiera una auténtica preocupación por los desconocidos, y si intentarlo nos impidiera cuidar de quienes conocemos, ¿cómo podríamos experimentar un conflicto entre

los dos tipos de sentimientos y esforzarnos en resolverlo? De esta forma si lo que experimenta V.I. nos parece auténtico y plausible, Noddings debe de estar equivocada.

Mi tercer ejemplo se centra en la investigación principal de la novela, el asesinato de un joven periodista afroamericano, que estaba investigando la participación de los artistas de color en la era McCarthy. Para V.I. esta investigación se entremezcla con la investigación que estaba realizando el periodista. Él es víctima de un asesinato a sangre fría y también, aunque de forma indirecta, de la persecución de McCarthy. Al mismo tiempo la Patriot Act se ve envuelta no sólo con la investigación (la policía acusa a Benji, «el terrorista», del asesinato de Mark) sino también con la historia de Mark, ya que la Patriot Act le recuerda a V.I. la opresión de los años de McCarthy. Como el ser compasivo que es, V.I. se adentra en estos tres problemas al mismo tiempo, creando conexiones siempre que puede que le ayudan a entender lo que pasó y que también la llevan a modificar, y a veces a refinar, sus sentimientos sobre los hechos. Tal vez esta actitud ejemplifica el equilibrio perfecto entre cuidar y preocuparse, ya que ella no sólo consigue prestar suficiente atención a los individuos y a las causas, sino que sus sentimientos por los individuos dan forma y pulen sus sentimientos por las causas. De esta forma, las dificultades de Benji se hacen más reales para ella al darse cuenta del enorme impacto que tiene la Patriot Act sobre los ciudadanos a través de las relaciones que establece entre esta ley y los años de maccartismo.

En resumen, lo que la novela ilustra con claridad y eficiencia es que Noddings lleva razón en que hay diferencias importantes entre los cuidados y las preocupaciones y que, a veces, parece que se oponen. Sin embargo, también muestra que Noddings se equivoca porque de hecho no hay un auténtico conflicto, sino que, al contrario, lo que sentimos hacia los individuos influye en lo que sentimos hacia las causas y viceversa. Para que esto se produzca se necesita, como V.I., tener la capacidad de crear lazos entre lo que cuidamos y aquello por lo que nos preocupamos. Si deseamos crear estas uniones sentimentales, no se dará conflicto alguno, sino que al contrario aprenderemos a cuidar mejor en ambos campos.

III. McCall-Smith: incumplimiento de las normas

El rechazo de Gilligan a aceptar la conclusión de Kohlberg de que la moral kantiana es la propia de las etapas más evolucionadas se debe parcialmente a que Gilligan está convencida del hecho de basarse en normas no es una base sólida para los juicios morales. Las situaciones morales son complejas y varían de un caso a otro. No pueden subsumirse bajo

un conjunto de principios de los cuales podemos obtener soluciones. Para resolver problemas morales, necesitamos ser sensibles a lo particular, y no simplemente centrarnos en lo universal. La preocupación de Gilligan corresponde, como vimos, a la afirmación aristotélica de que ser virtuoso no consiste en seguir normas rígidas, sino en una «sabiduría práctica», es decir, en ser capaz de discernir los detalles relevantes en cada situación, y encontrar la respuesta adecuada según esta percepción.

La incapacidad de trabajar exclusivamente con reglas, porque no son suficientes para tratar casos complicados, es un rasgo común de los detectives, al menos desde Chandler y Hammett. Por otro lado, los detectives que desprecian las normas son, a menudo, buenos observadores de la psicología y de los sentimientos y tienen tanta intuición que se sugiere que poseen una sabiduría práctica. De hecho, hay algo caricaturesco en la incapacidad del detective de vivir conforme a las reglas, en su tendencia a ser un «lobo solitario» y en su capacidad para llegar a soluciones inusuales y, a menudo, contrarias a las normas. Un detective, sin embargo, que no puede ser acusado de seguir esta caricatura es Precious Ramotswe de Alexander McCall-Smith porque ella reflexiona, a menudo y en profundidad, sobre la cuestión de la casuística frente al cumplimiento de las normas.

En el segundo volumen de la serie, *Las lágrimas de la jirafa*, Mma Ramotswe, como se la conoce, ha ascendido a su secretaria a ayudante de detective y le ha encargado el caso de Mr Badule, quien cree que su mujer le engaña con otro hombre. Mma Makutsi confirma que su mujer le engaña. Pero el hombre con quien le engaña es el padre del chico a quien Mr Badule considera su hijo y quién le está pagando una buena educación. Si Mr Badule lo descubriera, el chico podría perder mucho. Mma Makutsi, la nueva ayudante, está impresionada por la complejidad de la situación y le da muchas vueltas. La primera reacción de Mma Ramotswe es que Mma Makutsi está «haciendo una montaña moral del tipo de problemilla al que los detectives se enfrentan a diario». Sin embargo, pronto se da cuenta de que es el tipo de reflexión en el que ella se sume en muchos de sus casos, y también se da cuenta de que, aunque Mma Makutsi es buena reuniendo información, aún no es una experta en procesarla moralmente.

Para analizar y resolver el problema Mma Makutsi se pregunta si siempre es malo decir una mentira y se lo pregunta de una forma muy abstracta y filosófica. Primero, se pregunta si no sería aceptable mentir a un asesino que fuera a nuestra casa buscando a alguien escondido allí. Éste es el famoso ejemplo de Kant de «En el supuesto derecho a mentir por razones morales». Pero a Mma. Ramotswe esto no le impresiona y descarta el discurso por su irrelevancia. «Sí. Pero entonces no tienes la obligación de decirle la verdad al

asesino». Mma Makutsi no se rinde, pero pasa a argumentar que si la gente pudiera mentir siempre que les viniera en gana, no podríamos saber nunca si alguien estaba diciendo la verdad (otra argumentación kantiana). De nuevo, aunque admite que sería mejor si la gente no se empeñara en alejarse de la antigua moralidad botswana, su jefa no está especialmente impresionada con la relevancia de este razonamiento. La abstracción kantiana no va a resolver su problema, de forma que vuelve a plantear a su ayudante el «problema real»: ¿Qué pueden contarle a Mr Badule?

Más adelante en la novela, Mma Makutsi llega a una solución: le cuenta a Mr Badule que su mujer le es infiel pero de alguna forma le convence de que es mejor así. «No es un hombre muy sofisticado», dice. A Mma Ramotswe le sorprende un poco esta solución tan heterodoxa, y mientras le da vueltas, nos hacemos una idea de cómo piensa que se deben resolver los problemas morales complejos:

Mma Ramotswe no estaba convencida. Había un error ético de primer orden en esta solución, pero definirlo exactamente requeriría mucho más pensamiento y debate. Tendría que hablar con Mma Makutsi de esto más detenidamente cuando tuviera tiempo. Era una pena pensó que La Revista de Criminología no tuviera una página de problemas para tales casos. Entonces podría haber escrito para pedir consejo sobre este delicado asunto. Quizás podría escribir al director y sugerirle que crearan un consultorio; sin duda haría que la revista fuera mucho más legible (McCall Smith, 2004: 215).

Se pone énfasis en la reflexión, la conversación y el tiempo. Se necesita tiempo para llegar a una buena solución para un problema complejo. Lo que sucede con la solución de Mma Makutsi es que llega a ella demasiado rápido, sin haberla comentado lo suficiente con Mma Ramotswe ni, que sepamos, con nadie más. Un rasgo del razonamiento moral propio de Mma Ramotswe es que ella comparte sus pensamientos habitualmente con su prometido o con mujeres y hombres sensatos que se encuentra en sus investigaciones. Además, dedica mucho tiempo a cavilar sobre problemas morales, mientras toma su infusión de *redbush*. También es consciente de que las cosas parecen *menos simples conforme uno va creciendo*. De hecho advierte a Mma Makutsi de tal cosa cuando le dice: «Sólo porque tenga algunos años más que tú no significa que tenga la respuesta de cada dilema que aparece. Es más, conforme envejeces, ves más aspectos de una situación. Todo está mucho más claro a tu edad» (McCall Smith, 2004: 170).

Cuando Mma Makutsi acaba de hablar con Mr Badule, uno puede pensar que para ella las cosas son demasiado fáciles. ¿Cómo sabe que Mr Badule realmente aceptará la situación una vez haya tenido tiempo para reflexionar (cosa que inevitablemente hará por poco sofisticado que sea)? ¿Cómo se sentirá la próxima vez que vea salir a su mujer o volver

al chico de estudiar? ¿Acabará sospechando que la razón por la que el amante de su mujer paga la educación del chico es que en realidad él es el padre? Como Mma Makutsi considera a Mr Badule un hombre simple, asume que nunca experimentará emociones complejas —y esto parece erróneo. Para experimentar emociones complejas sólo se necesita experimentar al mismo tiempo una serie de emociones, unas enfrentadas a otras. Así es cómo una persona se vuelve emocionalmente compleja, aunque no lo fuera antes. De forma que lo que realmente Mma Makutsi ha hecho es asegurar que Mr Badule no siga siendo una persona simple por mucho más tiempo; y no asegurar que sea feliz, que es lo que cree que ha hecho.

Lo que pretendo mostrar con este análisis del caso de Mr Badule es que la novela *Las lágrimas de la jirafa* ilustra muy bien cómo se debe aspirar a combinar la desconfianza hacia las reglas morales y la necesidad de una «percepción aguda» de los detalles relevantes de una situación moral. Mma Ramotswe está alterada tanto por la gran disposición de su compañera para aplicar las normas kantianas a una situación compleja, como porque encuentre soluciones a la ligera cuando ve que no se pueden aplicar las normas. Que prescindamos de las reglas no significa que sea más fácil decidir qué hacer. Al contrario, necesitamos más tiempo y debate para encontrar una solución al problema que realmente sea adecuado a las particularidades de la situación. Mma. Ramotswe, que tiene más experiencia que su amiga, todavía lucha para desarrollar una percepción suficientemente aguda.

Conclusiones

En la última parte de este artículo, he intentado establecer que algunos detectives de novela negra, en particular las mujeres detectives, tienen enfoques morales similares a los que defienden Gilligan, por un lado, y los eticistas de la virtud, por el otro. Pero mientras que no son «programáticos», el hecho de que ejemplifiquen la moralidad de los cuidados o de la virtud de esta forma les hace válidos por varias razones. En primer lugar, el hecho de que la ficción popular recoja el «cariño» y la «percepción de lo particular» hace que parezca más convincente que son fundamentales en la moral. Estas novelas muestran cómo es plausible convertirse en una mejor persona en la práctica al tomarse estas ideas en serio. También muestran que estas ideas no están tan alejadas del punto de vista de las personas reales (p.e. personajes de ficción plausibles) y como resultado de esto se considera que este tipo de moralidad es «aplicable al mundo real». Paradójicamente, esto es algo que se le ha negado a menudo a la ética de la moral (Annas, 2004).

Los filósofos de la moral kantianos o consecuencialistas critican la ética de la virtud por su falta de guía real. Mientras que es fácil ver cómo se puede mejorar como kantiano o consecuencialista, como eticista no es así. ¿Cómo se adquiere el carácter adecuado? ¿Cómo se desarrollan los sentimientos adecuados y la adecuada «percepción aguda» de los problemas morales? La respuesta de Aristóteles es que debemos observar el *phronimon*, el representante de la perfecta virtud, e intentar imitarle. Sin embargo, no se trata del tipo de imitación que calca las acciones de quien es más virtuoso que nosotros. Más bien, al observar lo que hace el virtuoso, llegamos a reflexionar sobre el tipo de acciones que podríamos llevar a cabo y en por qué elegiríamos unas acciones y no otras. También llegamos a captar los «detalles concretos» del tipo de situaciones que requieren un juicio moral mediante la observación de qué considera relevante el virtuoso. Desarrollamos nuestra propia percepción de estos detalles de la misma manera que desarrollamos y maduramos nuestras propias respuestas emocionales.

Por supuesto, sería erróneo que, en lugar de convertirnos en virtuosos aprendiendo a hacer lo adecuado en situaciones del mundo real, observando lo que hace en situaciones complicadas la gente que nos rodea y tratando de emular a los que consideramos virtuosos, sugiriéramos observar a los detectives de ficción para obtener una guía moral. Pero esto no significa que la ficción en general, y la ficción policíaca en particular, no jueguen un papel en el desarrollo moral. Cuando leemos estas novelas, experimentamos cierta forma de sentimiento y percepción. Junto a Mma Ramotswe, somos conscientes de las complejidades de los Badule. Junto a ella, nos volvemos reacios a decidir que sería correcto hacer. Al leer los enredos sentimentales de V.I. Warshawski con personas y causas, aprendemos cómo se pueden combinar cuidados y preocupaciones, y nos ofrece un ejemplo claro de cómo se puede hacer. De hecho, en cierto modo experimentamos los sentimientos que Warshawski experimenta y tenemos pruebas de primera mano, más que de segunda, de que ésta es una forma posible de sentir el mundo y a la gente.

Notas

- 1 Habría que ser prudentes al recuperar la ética de los cuidados en una teoría—podríamos alejarnos de lo verdaderamente importante de las ideas de Gilligan /Noddings. Sin embargo, algo de esta ética podría ser aceptablemente integrado en la ética de la virtud.
- 2 Quien no se considera un filósofo de la ética de la virtud, sin embargo enfatiza la importancia de las emociones y, en particular, la compasión, una forma de cuidados.
- 3 Los próximos párrafos provienen de mi artículo «The harboiled detective as moralist: ethics in crime fiction».

Bibliografía

- ANNAS, J.: «Being Virtuous and Doing the Right Thing», *Presidential Address to the Pacific Division Meeting of the American Philosophical Association*, March 2004.
- BAIER, A. «What do women want in a moral theory» (1994). Reprinted in R. Crisp and M. Slote (eds.) *Virtue Ethics*. Oxford: Oxford University Press, 1997.
- BERGES, S. «Ethics in Crime Fiction: The hardboiled detective as moralist», forthcoming in Chappell, T. *Values and Virtues*, Oxford University Press.
- CHILD LABOUR: A TEXTBOOK FOR UNIVERSITY STUDENTS*, International Labour Organisation Publication, 2004.
- FLANAGAN, O. *The Science of the Mind*, second edition Cambridge, Mass. MIT Press, 1991.
- GILLIGAN, C. *In a Different Voice*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1982.
- GILLIGAN, C. *Voice and Relationship: Rethinking the Foundations of Ethics*. University of San Diego, January 1997. http://ethics.acusd.edu/video/Gilligan/Lecture/Voice_and_Relationship.ram last visited 7/03/2005.
- KOHLBERG, L. *Essays on Moral Development, volume 1: The Philosophy of Moral Development*. San Francisco: Harper and Row. 1981.
- MCCALL-SMITH, A. *The Tears of the Giraffe*, UK:Abacus, 2004.
- MCKEON, R. (tr.) *The Basic Works of Aristotle*, New York: Random House, 1941.
- NODDINGS, N. *Caring: A Feminine Approach to Ethics and Moral Education*, 1984, «Two Concepts of Caring» *Philosophy of Education*, 1999, and *Starting at Home*, 2002.
- NUSSBAUM, M. «Terror and Compassion», *Daedalus*, Winter 2003.
- NUSSBAUM, M. *Poetic Justice*. Boston: Beacon Press, 1995.
- STASIO, M. «Lady Gumshoes: Boiled Less Hard», *New York Times*, April 28 1985.